



Casira es una localidad argentina ubicada en el departamento Santa Catalina de la provincia de Jujuy en la frontera con Bolivia, sobre la Ruta Provincial 76, a 3700 metros sobre el nivel del mar: Viven de forma permanente en el pueblo y sus alrededores unas cincuenta familias. Toda la población se dedica a la producción de ollas y ocasionalmente algunos siembran para consumo familiar: habas, papas o maíz.

La riqueza de las arcillas locales combinadas con el sistema de construcción de las piezas y el método de cocción, hacen que las ollas resistan el fuego directo y los cambios bruscos de temperatura sin quebrarse. Por todas estas singularidades es uno de los pueblos alfareros más importantes del país.

**Modelando el barro  
los alfareros de Casira  
mantienen viva nuestra cultura.**



Los textos e imágenes de este folleto fueron elaborados colectivamente en el “ I Tantanakuy Alfarero ”, el primer Encuentro Nacional de Ceramistas, realizado el año 2015 en el pueblo de Casira (Jujuy). Entre los invitados a esta primera edición se encontraron ceramistas, docentes, investigadores y técnicos de todas áreas relacionados a la cerámica, el arte, y la gestión cultural. Los participantes invitados llegaron desde lugares como Jujuy, Salta, Catamarca, Misiones, Buenos Aires y Uruguay.

El Tantanakuy Alfarero propone generar una construcción colectiva del saber, con la predominancia de la horizontalidad y el aprendizaje mutuo. Inicialmente se les propone a los participantes que durante los cinco días del encuentro trabajen con arcillas locales en un espacio público y abierto, como la plaza central del pueblo. Acompañando y fortaleciendo esta acción con otras complementarias destinadas a distintos grupos sociales y etarios. El Tantanakuy finaliza con una quema colectiva de las piezas en un horno tradicional de guano a cielo abierto.

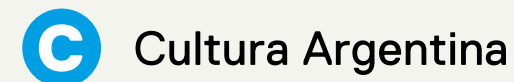
TANTANAKUY  
ALFARERO



# Casira

**Un pueblo alfarero en la puna de Jujuy**

En Casira se elaboran ollas, tinajas, yuros, y virques, estas cerámicas son únicas en el país, ya que están elaboradas utilizando técnicas ancestrales, las cuales se fueron transmitiendo de una generación a otra. Destacándose el conocimiento sobre cómo preparar las arcillas y la posterior elaboración de ollas de distintas formas y con diferentes funciones, ya sea utilitaria, simbólica o ritual.



## Cada casa es un taller

En las cuadras que podemos recorrer, entre casas de adobe, con sus patios cercados también por pirkados de adobe, se puede apreciar un entramado de talleres de extensa producción artesanal, llevados adelante por familias alfareras.

Es volver al origen de la cerámica, pues todo el proceso cerámico se desarrolla en la cercanía del pueblo. Desde la selección y recolección de las materias primas, el barro chico y la pirka para conformar el barro grande. La molienda -a garrote o con los molinillos a martillo- la hidratación de la arcilla, el reposo, la maduración y el amasado.

Se modelan las piezas al estilo tradicional -a pulso- y en la rueda de alfarero, con un dominio de la técnica increíble, aprovechando las mejores cualidades de estas arcillas, en ese clima seco y con una plasticidad y resistencia mecánica, únicos y difíciles de hallar en barros de otras latitudes.

Se trabaja a cielo abierto, donde el sol seca rápidamente las piezas, por lo que el trabajo también se realiza con rapidez, pero la arcilla se seca y se deja volver a mojar una y otra vez, trabajada en espesores finos acepta encima un chorizo grueso que por pellizco y paletado se vuelve a estirar.



Este proceso es la suma de saberes ancestrales, que seguramente para sus hacedores se vuelven cosa común, parte de lo cotidiano como puede ser cocinar en la olla de barro.

Detrás de todo este proceso y de estas piezas, existen aquellas personas que sostienen día a día la tradición ancestral, quizás los más vulnerables ante la interfaz que supone la comunicación entre Casira y el afuera.

La demanda de los intermediarios, que imponen el ritmo de producción introduciendo formas de elaborar y diseños que poco tienen que ver con la tradición alfarera del lugar. Esto lleva a la utilización de moldes y la realización de diseños acorde a lo que el mercado demanda, trayendo como consecuencia una inminente pérdida de identidad así como del valor del trabajo.

La cercanía con las materias primas no permite valorar con justicia el costo humano en energía que cada fase del proceso implica, y más que el costo impuesto por los intermediarios, hay un problema de valor que la actividad tiene, por su carácter cultural, tradicional y social. Desde el neolítico surge la alfarería y el trabajo del barro desde el hueco, desde la función que nos permite contener, almacenar y cocinar nuestro alimento. Desde ese tiempo las piezas de barro han sido parte de la construcción que tenemos como sociedad, esa cotidianidad del barro en los objetos de uso es tan permanente que por momentos parece invisible, y por diferentes razones se ha ido desvalorizando.

Casira, Cieneguillas, Calahoyo, Piscuno son todos pueblos ubicados en el departamento de Santa Catalina (Jujuy). Cuentan los historiadores locales que en épocas pre-incaicas pertenecían a la cultura Yavi-Chicha, siendo Calahoyo el sitio más emblemático de la zona, ya que fue epicentro de los Yavi (800D.C.-1350D.C.). Allí la cerámica es de extrema calidad por su modelado, pintado y cocción. En el pintado usaban los colores blanco, rojo y negro, lo cual puede verse en sus famosos vasos cilíndricos con una pequeña asa lateral. Siempre con diseños abstractos tan representativos de la Cultura Yavi. Estos mismos colores se aplicaban en el arte rupestre pintado, el ejemplo más cercano es el Angosto de Chagua que hoy pertenece a Bolivia. La riqueza del modelado puede apreciarse en los vasos zoomorfos libatorios o “cacharros” los cuales poseen una cara humana en el cuello.

Trabajaron atmósferas reductoras logrando cacharros bien negros y lustrosos. Los arqueólogos llegaron a identificar el tipo de pasta típica de los Yavi, que era la combinación de la arcilla roja con una cuarcita bastante dura de la formación Acoite que emerge del cerro de Los Siete Hermanos (Yavi).



Los Yavi (en Bolivia a esta Cultura la llaman Chicha) eran pacíficos y colaboradores, no como los Omaguacas de la Quebrada de Humahuaca a quienes Incas y Españoles temían por ser guerreros. Durante el imperio Incaico pierden toda esta calidad, siendo Calahoyo es el sitio más afectado, pues tuvo una “oficina” o Tambo Inca, esto hace suponer que el camino Inca podrá haber pasado muy cerca de Casira y no por La Quiaca o Yavi. Cuando los españoles planean la conquista del Tucumán, llevan un experto Inca que les muestra el tambo de Calahoyo y los hace seguir más hacia el Sur hasta Moreta, después Salinas y luego El Moreno. El otro “tambo” era hacia el Norte “Talina” del lado boliviano.

Las formas actuales de la cerámica de Casira tienen raíces en este pasado prehispánico, conservando en los nombres de las piezas el quichua: puco, yuro, chúa, virque, manka (por olla en general). En el pasado también se hacían objetos cerámicos de diferente tipo, no solamente contenedores: ocarinas, sonajas, torteras (o muyunas) para el hilado, cuentas de collar, pipas o tubos para soplar los metales. La forma básica más utilizada, tanto hoy como en el pasado es el cuenco o puco, el cual también se lo ve aplicado como una “tapa” de las ollas, con el agregado de una pequeña manija u “oreja”.